

**XXXV ASAMBLEA NACIONAL DE  
CONFECÁMARAS.**Cartagena. Noviembre de 2000

Cuando el pensador francés Benjamin Constant decía, a principios del siglo XIX, que la humanidad dejaba atrás la época de la guerra para entrar a la del comercio, estaba señalando no sólo un hecho económico, esto es, que ya no se podían obtener grandes utilidades a través de las conquistas, sino estaba diagnosticando una profunda transformación de la vida de las sociedades, un cambio decisivo en los valores y en las aspiraciones de los hombres.

Si la guerra era el azar de una existencia entregada al riesgo, donde cada soldado, sin poder prever su porvenir, apostaba su vida a la lotería del combate, el mundo del comercio, por el contrario, se basaba en la capacidad de planear el futuro con seguridad y en medio del sosiego. Si la guerra era, como lo decía Constant, el impulso salvaje que consideraba a la violencia el primer medio para conseguir lo que se deseaba, el comercio, en cambio, es el cálculo civilizado que a través del intercambio pacífico de intereses satisface los deseos de los individuos.

En esos términos, afirmaba el mismo autor, es obvio que *“cuanto más predomine la tendencia comercial, tanto más habrá de debilitarse la tendencia guerrera”*. El comercio, por ende, era el grandioso sustituto de la barbarie y el anuncio de una época de paz y racionalidad.

El juicio de Constant, ahora más que nunca, tiene la mayor vigencia. Por ese motivo, no nos debe extrañar que las Cámaras de Comercio, agrupadas en Confecámaras, planteen en esta XXV asamblea el tema del desarrollo empresarial como presupuesto para la paz en Colombia. Desde su perspectiva, que es la misma de las fuerzas constructoras de un mejor país, formar empresa es formar civilización.

Por eso su trabajo de apoyo al empresariado, en el campo de la actualización tecnológica, de la recolección y distribución de información sobre el mundo de los negocios, de la creación de un entorno propicio para el incremento de la competitividad y de la ejecución de tareas de registro y control, no sólo ha beneficiado a la iniciativa privada sino que ha impulsado el desarrollo del país bajo principios de conciliación, tolerancia y convivencia pacífica.

Las Cámaras, aunque son entidades privadas, han promovido unos valores y una estructura organizacional con profundos efectos públicos. Gracias a su trabajo, en todas las regiones de Colombia se ha venido consolidando una cultura orientada a la participación democrática, a la resolución pacífica de los conflictos y a la difusión de la creatividad, el liderazgo, la persuasión y la capacidad de asumir riesgos calculados, es decir, de los componentes esenciales del más genuino espíritu empresarial.

No nos debe extrañar, entonces, que las Cámaras de Comercio estén activamente involucradas en programas permanentes de formación democrática. Un ejemplo palpable se vio con la reciente elección de alcaldes, en la cual las Cámaras, acogiendo la invitación de la Presidencia de la República, lideraron los Pactos por la Transparencia en 29 ciudades del país. Tales innovadores pactos, donde los candidatos se comprometen a un manejo recto de los recursos públicos y a someterse a la veeduría ciudadana, están impulsando e impulsarán el fortalecimiento de nuestras instituciones.

Asimismo, con los Centros de Arbitraje y Conciliación, las Cámaras de Comercio han respondido al llamado que les hice hace unos dos años, en la ciudad de Pamplona, cuando las invité a convertirse en gestoras de paz. Dichos centros, orientados a solucionar conflictos sin necesidad de acudir a los estrados, ya han dado resultados en el terreno empresarial y, dado el éxito de sus metodologías, han ampliado su campo de acción a varios colegios de Bogotá y a distintas comunidades. Esto demuestra que conseguir una sociedad más justa no es sólo un asunto del Estado, sino que todos los individuos y todas las organizaciones pueden colaborar activamente en esta tarea.

Todo esto, valga mencionarlo, deja atrás la idea según la cual la ética del empresariado es un asunto de la consciencia de los gerentes, o un efecto indirecto de su búsqueda de lucro o, también, algo susceptible de ser reducido al cumplimiento de las leyes o de los hábitos culturales vigentes. Lo que demuestran estos procesos es que el sector empresarial colombiano y todas las organizaciones vinculadas con su desempeño, tienen una clara noción de cómo sus acciones no sólo tienen importantes implicaciones económicas sino que a su vez, mediante su contribución a la construcción de un orden

social más justo y tolerante, tienen una primaria finalidad ética. Ella, como lo dejan ver los hechos, no es un accidente dentro de sus rutinas, sino que es una misión constitutiva de su participación como actores de la sociedad civil.

A esta precisamente, y no sólo al Gobierno, le corresponde edificar los cimientos del orden social ¡Cuanto más de sus miembros se comprometan con la convivencia, mayores serán las posibilidades de una Colombia en paz!

En esa medida, el decidido apoyo que el Gobierno Nacional le ha brindado a las micro, pequeñas y medianas empresas está fortaleciendo el tejido de estos sembradores de convivencia y, por supuesto, está incentivando la paralela fuerza económica de un sector que aporta el 25% del PIB, el 63% del empleo nacional, el 50% de los salarios totales de la nación y el 25% de sus exportaciones.

Cifras que son lo suficientemente significativas como para que se hayan adelantado agresivos esfuerzos de recuperación del sector empresarial como lo son la Ley 550 y la Ley Mypime. Ambas iniciativas, cuyos buenos resultados son de todos

conocidos, han contado con el valioso concurso de las Cámaras de Comercio.

En la misma línea el gobierno ha coadyuvado con el programa de Centros de Desarrollo Empresarial: una iniciativa, resultante de una cooperación sin precedentes entre el sector privado, representado por Confecámaras y las Cámaras de Comercio, el Banco Interamericano de Desarrollo y el sector público, cuyo objetivo primordial es mejorar la productividad y la competitividad de la pequeña y mediana empresa.

Centrados en la prestación de servicios especializados de consultoría que adecuen la calidad de los productos y de los servicios a los exigentes estándares internacionales, estos centros, ubicados en 6 de las más importantes ciudades del país, han atendido ya a unos 6.500 empresarios y han invertido unos 15 millones de dólares. Los resultados ya se están viendo:

Se han realizado 812 evaluaciones de competitividad y productividad que permiten a igual número de empresas conocer a fondo sus problemas prioritarios y, a las entidades

de apoyo a la Pyme, desarrollar un inventario de necesidades de las empresas a nivel nacional, regional y sectorial.

Se han diseñado y ejecutado 1.400 proyectos de consultoría, divididos entre programas de aseguramiento de la calidad, de planeación estratégica, de optimización financiera e informática, destinados a dar soluciones concretas a las necesidades de los empresarios.

Se han certificado, asimismo, durante el último semestre y luego de un arduo trabajo, a unas 80 empresas en el ámbito del aseguramiento de calidad -algunas de las cuales tengo el gusto de otorgarles hoy su justo reconocimiento- y, a través de un convenio con Proexport, se desarrolla actualmente un proyecto para certificar a unas 230 empresas exportadoras a mediados del próximo año.

Se han capacitado también 3.500 empresarios que, ahora, podrán afrontar, con un más amplio bagaje y con mejores destrezas, los retos de una economía globalizada. Adicionalmente, en el mismo campo, se han capacitado 750 consultores en tecnologías modernas para resolver los problemas que aquí puedan tener las Pymes.

Todo lo anterior, sumado por supuesto a la ostensible mejoría en nuestro índices macroeconómicos, nos da la confianza necesaria para esperar que las empresas colombianas, cada vez más fortalecidas, sigan creando riqueza, generando empleo y, claro está, contribuyendo con su cultura de la negociación y el diálogo a librar a nuestra sociedad de la locura de la guerra.

Benjamin Constant, señalaba cómo en la antigüedad, antes de la universalidad de la fe en la democracia y de la existencia del concepto de humanidad, cuando aún las tormentosas virtudes del honor militar, a causa de su apasionado nexo con religiones y principios irreconciliables, eran consideradas preferibles a las serenas aguas del comercio y del entendimiento pacífico, la guerra tenía algún sentido: ahí se jugaba el valor de los hombres y se salvaba la nobleza de una causa.

No obstante, para nosotros, el espíritu de los guerreros nos atrae ya sólo a la hora de leer novelas. Nuestra época es la de la confianza de todos los hombres en la paz, el comercio y la tolerancia y no la de los ejércitos furibundos y los escudos de

bronce de civilizaciones incompatibles. Algunos, lastimosamente, no ha percibido el cambio. Sobre ellos, hace un siglo, decía Constant:

*“Cuando los hombres que disponen del destino de la tierra yerran acerca de lo posible, el daño es grande. Entonces la experiencia, lejos de serles útil, les perjudica y extravía. Leen la historia: ven lo que antes se hizo; no consideran si ello puede hacerse todavía; toman en sus manos palancas rotas; su obstinación o, si se quiere, su genio, da a sus esfuerzos un éxito efímero; pero hallándose como se hallan, en pugna con las disposiciones, los intereses, toda la existencia moral de sus contemporáneos, estas fuerzas de resistencia reaccionan contra ellos; y al cabo de algún tiempo, muy largo para sus víctimas, muy corto si se considera históricamente, sólo quedan de sus empresas los crímenes que cometieron y los sufrimientos que causaron”.*

Constant tenía razón: un poder sólo vale y perdura si se acomoda a su época. El espíritu del comercio, que ustedes encarnan, tarde o temprano deberá imponerse sobre el espíritu de la guerra.

Muchas gracias